

de morada que ocupó por espacio de seis meses nuestro venerable Arzobispo Claret en la casita de la calle de Monceau, número 21. ¿Cómo explicar á Ud., mi amado P. Clotet, la impresión que mi visita produjo en aquellas humildes Religiosas que besan el pavimento que pisó nuestro santo Padre y comentan sus palabras, acciones y virtudes en sentido de santidad? ¿Cómo decir á Ud. las impresiones de nuestra alma al contemplar el altarcito de la capilla en que celebraba, y su dormitorio, presidido por su retrato y el de Santa Teresa, que lloré al verlos? No he tenido rato más agradable y conmovedor. Las Hermanas de San José están prontas á suscribir todas á porfía su información encomiasta. „ Los mismos recuerdos de virtud y santidad dejó en la Ciudad Eterna, según veremos en el capítulo que sigue.



## CAPITULO XV

### DE LO QUE HIZO EN ROMA EL SIERVO DE DIOS Y DE SU BREVE ESTANCIA EN PRADES

1. Hospédase en San Adrián. — Audiencia pontificia. — 2. Pobreza á que se vió reducido. — Socórrenle el Príncipe Alfonso y el Conde de Cheste. — Carta que le escribió Isabel II desde París. — 3. Vida que llevaba en Roma. — Fundación de la Casa-misión de Argel. — Nuevas fundaciones en Santiago de Chile. — 4. Ejercicios espirituales de 1869: gracias que en ellos alcanzó. — Fragmento interesante de una carta del Siervo de Dios. — 5. Aprobación definitiva de nuestras Constituciones. — 6. Trabajos del Siervo de Dios relativos al Concilio Vaticano. — Atentado contra los Padres del Concilio. — Discurso que pronunció sobre la infalibilidad pontificia. — Opinión de santidad en que le tenían los Padres del Concilio. — 7. Sus achaques y deseos de ir al cielo. — Anuncia su muerte y la entrada de los italianísimos en Roma. — Sale de Roma. — 8. El P. Claret entre sus Misioneros de Prades. — Distribución de premios. — 9. Los revolucionarios tratan de internarle. — Camino del destierro hasta Fontfroide.

1. Llegado á Roma el Siervo de Dios, fué á hospedarse en el convento de San Adrián, de Religiosos Mercenarios, en donde le esperaba con los brazos abiertos el Rmo. P. José Reig, nombrado por Pío IX Superior general de su Orden. Dicho Padre, como se dijo ya en su lugar, después de las tormentas revolucionarias que habían asolado los conventos que las Órdenes religiosas tenían en España, se había refugiado en nuestro naciente Instituto, viviendo entre los primeros Padres como si fuera uno de ellos, hasta que su legítimo Superior le llamó á Roma para ocupar un cargo muy importante. Por esta causa tenía mucho afecto á nuestros Misioneros, y más al venerable Fundador, y servía á nuestra Congregación como de representante y agente para cuanto se ofrecía tratar con la Santa Sede.

Al día siguiente de su llegada á la Ciudad Eterna pidió el Sr. Arzobispo audiencia con el Padre Santo; mas como en



aquellos días habían ido á Roma muchos forasteros, Su Santidad esperó á dársela porque deseaba hablarle más despacio. El día 11 de Abril asistió á la Misa del Papa con los demás Obispos, y el 24 del mismo mes fué recibido en audiencia, la cual fué muy larga y detenida. Pío IX le recibió con los brazos abiertos, y en prueba de cariño no le llamaba con otras palabras que con las dulces y regaladas de *querido mío*. Díjole que ya sabía las calumnias y maldades que se habían publicado contra él, y añadió que él mismo las había leído en los periódicos; pero le animó al instante, declarando que aprobaba en todo su conducta, y en particular la observada en el tiempo que estuvo al lado de la Reina de España, é hizo de él muchos elogios por no haberse ocupado en cuestiones de política. Para consolarle en las grandes persecuciones, de que le veía víctima inocente, le citó muchas autoridades de la sagrada Biblia y le animó á sobrellevar hasta el fin de sus días las duras pruebas por las que el Señor quería que pasase. Todo lo cual consta por relación del capellán que le acompañó en la audiencia, y por algunas líneas que sobre ella escribió el Siervo de Dios á nuestro Rmo. Padre General (1). En la misma carta le decía: "Gracias á Dios, estaba ya tranquilo y lo estoy también ahora."

2. Mas esta tranquilidad no le impedía verse reducido á suma pobreza y estrechez. La revolución le había sorprendido fuera de su casa, en donde no pudo hacer provisión alguna, y lo primero que decretó la Junta revolucionaria respecto de su persona fué mandar que no se le diera la pensión de seis mil duros que se le habían asignado cuando hizo dimisión del Arzobispado de Cuba, y que cobró muy pocas veces y con grandes dificultades. La Reina, es verdad, á pesar de los apuros en que se hallaba, quiso que continuara cobrando, aun después de haber partido para Roma, la mitad de lo que, como confesor suyo, recibía de Palacio; pero la delicadeza del Siervo de Dios no le permitió recibir nada. De los pocos recursos que le habían quedado en la Península ya hemos visto cómo había dispuesto en favor de varios establecimientos de beneficencia, y así, en poco tiempo, se vió en Roma reducido á la mayor estrechez, que él sobrellevaba con grande alegría.

(1) Relación del P. Lorenzo Puig, y carta del P. Claret del 2 de Mayo de 1869.

Aunque no gastaba coche, porque siempre iba á pie por las calles, á pesar de lo quebrantada que tenía la salud, al fin, como á Prelado, y en ocasión tan extraordinaria de celebrarse el Concilio Vaticano, por fuerza tenían que ofrecérsele varias necesidades. Hubiera, sin duda, bastado manifestar su situación para que muchas personas, aun de las que había en la Ciudad Eterna, le hubieran socorrido; pero él prefirió callar y padecer en silencio aquellas estrecheces, fiado en que la divina Providencia no le faltaría en lo que fuera menester. Así fué, en efecto; pues, como era natural, algunas personas que le trataban más de cerca echaron de ver sus apuros, entre las cuales fué una de las primeras el Secretario de Estado de Su Santidad, el Emmo. Cardenal Antonelli, quien habló por él al Sr. Conde de Cheste para que se le socorriera. Véase en qué terminos declaró sobre este punto en el Proceso informativo el Excmo. Sr. Capitán general. Refiriéndose á la pobreza con que el P. Claret vivía en Roma, expresada en el artículo 73 del interrogatorio, dijo: "Tan cierto creo el contenido del artículo, que el Emmo. Cardenal Antonelli se acercó á mí con el objeto de que se le socorriera, si pudiera ser, cuando acompañando al Príncipe Alfonso estuve en Roma; y tal era la pobreza, que le entregamos mil francos para que se remediará: después de esto se le remitieron dos mil francos en nombre de la Reina desde París (1).

Cuando Doña Isabel tuvo noticia de la necesidad en que estaba su santo confesor y de que no recibía la pensión que le tenía señalada, se afligió sobremanera y le escribió de su puño y letra una larga carta que merece conocerse. Hela aquí, copiada literalmente del Real autógrafo que tengo á la vista:

"París, 9 de Diciembre de 1869. —Sr. Arzobispo Claret. — Padre mío: ¡Cuánto tiempo hacía que deseaba haberle escrito! Pero me ha sido imposible hacerlo hasta hoy, pues usted conoce mis continuas ocupaciones y el tiempo que me llevan los asuntos de nuestra querida y desgraciada España.

„Hace unos días supe, con gran sorpresa mía, que Ud. no había recibido ni siquiera un cuarto, desde que se fué, de su escasisimo sueldo. Usted, que conoce cuánto yo le quiero, podrá calcular la pena que esto me ha causado; hoy le envío

(1) Declaración de D. Juan de la Pezuela, Conde de Cheste. Ad art. 73.



una carta-letra para que cobre esa pequeña cantidad, y le ruego designe aquí una persona que cobre todos los meses su cortísima asignación como confesor mío.

„Creo y espero en Dios y en la Virgen que dentro de muy poco nos veremos en Roma; yo cada día ansío más el momento de ofrecer personalmente el homenaje de mi amor, de mi gratitud y de mi respeto á los pies de nuestro Santísimo Padre el Papa Pío Nono. Ayer, día de la Purísima Concepción, unía mis humildes votos á los de ese santo y á los de usted; con mi corazón estaba en Roma, y con él asistía á la apertura del Santo Concilio.

„Seguimos en la idea de que nuestro hijo Alfonso vaya á recibir la sagrada Comunión de las manos de su santo padrino; Alfonso ansía tanto como yo el conocerle y el ponerse á sus pies. Le ruego á Ud., Padre mío, que vaya á ver al Papa y le diga que si él no encuentra inconveniente alguno, que pienso ir muy en breve á Roma con mi hijo su ahijado; mi marido no me podrá acompañar ahora, pues tiene que quedarse uno de nosotros en estas circunstancias en París, y además tiene que quedarse al cuidado de nuestras hijas pequeñas. No podemos ir todos ahora, porque Ud. conoce sería mucho gasto para nosotros ahora; yo pienso ir con un título cualquiera, pues así puedo decir que voy de incógnito y así creo no traeré perjuicios al Papa; iré á un hotel con mi hijo y con sólo la precisa servidumbre. Ya les he encargado á Cayetano é Isabel que me digan los hoteles que (hay) ahí. Creo que mi ida á Roma con Alfonso será conveniente por todo, y porque espero que de mis conversaciones con nuestro Santo Padre ha de resultar bien para toda nuestra familia.

„Luego cuando yo vuelva de Roma se vendrá Ud. conmigo ¿no es verdad? No me hallo sin sus consejos de Ud. y sin sus consuelos.

„Mi marido me encarga le salude á Ud. con el mayor afecto en su nombre, así como todos nuestros hijos, que besan su mano de Ud. con el mayor cariño y respeto y esperan todo de sus oraciones de Ud. Gracias á Dios y á la Virgen y á sus oraciones de Ud. todos están buenos. Le ruego á Ud. salude con el mayor cariño por mí al Cardenal Barili y también por Alfonso, y á todos los Arzobispos y Obispos y Cardenales españoles que están ahí; ¡con qué alegría los voy á ver! ¿Y á

usted, Padre mío? Usted sabe cuánto le quiere y respeta y cuán agradecida le está siempre su amantísima hija de confesión, que espera todo de sus oraciones de Ud. = *Isabel*.

„Si Ud. ve á los Reyes de Nápoles y á todos los de la familia, dígales, si quiere, tantas cosas afectuosas por mí. Á Franchi y Pallotti hágales Ud. presente mi recuerdo.

„¡Cuánto deseo verle á Ud. y ver al Papa!„

Quien lea la carta que acabo de transcribir acaso se persuada y crea, con razón, que Doña Isabel de propósito se entretenía en ciertas cosillas de familia para tener el placer de conversar más á la larga con su confesor ausente; pero sus palabras, á la vez de entrañable amor, respiran tal respeto al Siervo de Dios y confianza en sus oraciones, que por dondequiera que se considere se ve que lo miraba como á un santo.

3. He aquí ahora el retrato de la vida que llevaba el señor Arzobispo en Roma, según se desprende del testimonio de los que estuvieron en su compañía. Humilde, caritativo, desinteresado, amigo del retiro, sencillísimo, afable con todos, lleno de celo y fervor, trabajaba siempre por la gloria de Dios y la salvación de las almas y se mostraba tiernamente devoto de María Santísima. Levantábase cada día á las tres de la madrugada, hacía sus ejercicios espirituales y celebraba el santo Sacrificio á las seis; después oía una Misa en acción de gracias, y luego se ponía en el confesonario para oír la confesión de las personas que se le presentaban. Á más de los religiosos de San Adrián y de muchos señores romanos que se pusieron bajo su dirección, confesaba á otros sacerdotes y personas particulares de otras naciones, pues si bien no sabía escribir con mucha corrección las lenguas extranjeras, las conocía lo bastante para entender á los que le hablaban y hacerse entender de ellos. “De entre sus penitentes, — dice el P. Sanmartí, religioso mercenario, — conozco uno que parecía muy piadoso é inteligente, el cual dijo: “Su Excelencia no tiene mucha facilidad en hablar el italiano; pero ¿qué importa? Con sólo verle se conoce que su corazón está encendido en el amor de Dios.”

Gustaba de bajar á la iglesia á visitar el Santísimo Sacramento, porque aseguraba que tenía un particular placer en humillarse y hacerse pequeño delante de Jesús Sacramentado. Ocupaba el tiempo libre en escribir opúsculos y en lo concerniente al Concilio Vaticano. Allí escribió los opúsculos titula-



dos *La ley de Dios, El Rosario, Refutación de Renán y Las dos banderas*. Como paseo salía á visitar al Señor expuesto en alguna iglesia, mayormente en las Cuarenta Horas, é iba también muy á menudo á los hospitales de *Fatebenebratelli* y de la *Consolazione*. Todos los domingos enseñaba el Catecismo á los novicios y Hermanos legos de San Adrián, y hubo día en que predicó tres veces.

Á mitad, poco más, del año 1869 pasó por nuestra Casa-misión de Prades un sacerdote de la Argelia, quien dijo que su Prelado, Mons. Lavigerie, vería con gusto se instalaran nuestros Misioneros en su Arzobispado para atender á las necesidades espirituales de los muchos miles de españoles que allí residían sin tener quien les hablase en la lengua de su patria. Aceptada en principio la idea, fué comunicada al Venerable Fundador, quien, con fecha 4 de Julio, respondió manifestando la satisfacción que había experimentado al tener noticia del acuerdo tomado para instalar una Residencia en Argel. En la misma carta añadía: "Nos ocupamos mucho en los trabajos preparatorios para el Concilio, el cual no dudo será de grande gloria de Dios y bien de la Iglesia católica." La fundación de aquella Casa se llevó, efectivamente, á cabo en 21 de Octubre de aquel mismo año, después de haberse puesto de acuerdo sobre las bases de ella el Sr. Arzobispo Lavigerie y nuestro Rmo. P. General.

Empeñado más que nunca el Siervo de Dios en dar la última mano á su amada Congregación de Misioneros, de la que esperaba había de resultar para lo por venir mucha gloria á Dios y provecho á las almas, no cesaba con sus frecuentes cartas de aconsejar cuanto convenía hacer para obrar más fruto en los prójimos. Así el 16 de Julio de aquel mismo año escribía mostrando vivísimos deseos de que los nuestros se dedicasen á la enseñanza de los niños por el bien imponderable que podían hacer en tan importante obra, señalaba los individuos que á ella podrían dedicarse é indicaba los medios de que debían valerse para evitar toda clase de peligros.

En Septiembre recibió al presbítero D. José Santiago de la Peña, el cual desde Chile fué expresamente á Roma para pedirle Misioneros de su Congregación, de lo que no poco se alegró el Siervo de Dios. Después de expresarle la satisfacción que por ello sentía y de que haría cuanto pudiese para que se

cumplieran sus santos deseos, le encaminó á la Casa-misión de Prades para tratar el asunto con el Superior de la Congregación. Aceptóse la generosa oferta, y á instancias del respetable sacerdote, que quería llevarse él mismo á los Misioneros que se destinaran á la capital de la República chilena el 13 de Diciembre de aquel mismo año, después de una tierna despedida, salieron de Prades para Santiago algunos Padres y Hermanos, que llegaron felizmente á su destino el 22 de Enero de 1870, y en este mismo día quedó instalada la Casa, origen de otras varias fundaciones en esa misma nación, las cuales han sido instrumento de la salvación de innumerables almas.

4. El 30 del mismo mes de Septiembre escribía su capellán el P. Puig: "Hemos pasado un verano muy feliz por lo mucho que ha probado á S. E. I.; no sabemos lo que será en lo sucesivo; ha hecho dos ó tres días viento del Norte y le ha dado que sufrir muchísimo, de modo que se conocía que cada día se iba debilitando; al presente se le han calmado tan fuertes dolores."

Á pesar de lo debilitadas que en este tiempo tenía ya las fuerzas, no dejó de hacer con el rigor de costumbre los ejercicios espirituales que correspondían á aquel año. Comenzólos el 5 de Octubre para terminar el 14. En ellos renovó los propósitos de los ejercicios anteriores, y entre ellos aquel tan misterioso de "me acordaré continuamente de dos años y diez meses." El examen particular seguía haciéndolo del amor de Dios, el cual era ya el único que inspiraba todas sus acciones, aun las más ordinarias é indiferentes. El Señor por su parte correspondió al fervor de su Siervo con una gracia muy señalada que le concedió en estos ejercicios. "El día 12 de Octubre, á las once y media del día, — escribe el santo Arzobispo, — el Señor me ha concedido el amor á los enemigos." Es de notar que habla de un amor extraordinario, pues el común y ordinario, y aun con cierta excelencia, siempre lo había tenido, según se echa de ver en el modo con que trataba á sus enemigos y en las buenas obras que les hacía. Prosigue el Siervo de Dios: "Lo he sentido en mi corazón; el Señor me lo ha asegurado con un prodigio; en el mismo acto en que lo he sentido he visto que el Crucifijo y el cuadro de la Santísima Virgen se han juntado sin que nadie los tocara. Algunos días había que el Señor me daba un conocimiento extraordinario de



esto al leer las moradas quintas de Santa Teresa de Jesús; y hoy, día 12 de Octubre, en la meditación 27 de los *Ejercicios explicados*, me ha concedido esta gracia tan grande. *Vivo ego; jam non ego, vivit vero in me Christus*. Jesús miraba á los judíos como una madre que tiene á sus hijos enfermos, delirantes, ebrios de vino, y considera que no saben lo que hacen ni lo que dicen. Son más dignos de lástima y compasión que de indignación.,

Notó igualmente como un favor extraordinario lo que dice con estas palabras: "Día 15 de Octubre de 1869, fiesta de Santa Teresa de Jesús, á las once y media de la mañana, estando á los pies de la Virgen y de San José, tuve un claro conocimiento de cómo la Santísima Virgen fué pura y limpia de cuerpo y alma.,

Con motivo de estar para partir los Padres que fueron á fundar la Casa de Santiago de Chile acompañados de D. José Santiago de la Peña, escribía á nuestro Rmo. P. General con fecha 16 de Noviembre de 1869 acerca del copioso fruto que se podía sacar de las Misiones dadas en muchos puntos de la América, sobre lo cual hacía estas atinadas reflexiones: "Con el tiempo saldrán más almas para el cielo de la América que de la Europa. Esta parte del mundo es una viña vieja que no da mucho fruto; la América es viña joven; los Obispos que de allá han venido, y que con mucho gusto he tratado y visitado, son muy instruídos y virtuosos y me inspiran muchas esperanzas: yo soy ya viejo, pues cumpliré por Navidad sesenta y dos años, y además de la vejez me impide la quebradura, pues que basta que cambie el tiempo para que me halle fatalísimo, que si no fuera esto allá volaba; y ya que allá no puedo ir, voy á visitar el Colegio de los americanos que están en esta ciudad de Roma para clérigos, dirigidos por los Padres de la Compañía. Les he predicado y dado la comunión: se forman muy bien en virtud y en ciencia, mucho mejor que en España. Algunos se han ordenado ya de sacerdotes; otros son Obispos... La vieja Europa cada día se pone peor: las sectas la tienen completamente carcomida.

„He pensado permanecer en esta ciudad hasta que se concluya el Concilio; después veremos lo que Dios quiere de mí. Entretanto me ocupo en dar conferencias á cuatro coristas y en los días festivos se añaden cuatro legos. Cada semana los

confieso á todos; y por ahora, gracias á Dios, se forman bien. Asimismo confieso en la iglesia á todos los que se me presentan, romanos y forasteros. Además, visito á los Colegios que me invitan y también doy la bendición con el Santísimo Sacramento, á quien voy á visitar todos los días, y en su presencia ruego por la pobre España. En cuanto á mi salud, estoy bastante regular, gracias á Dios; me puse mejor con los calores.,

5. Uno de los asuntos que más ocuparon al Siervo de Dios en Roma fué el obtener de la Silla Apostólica la aprobación definitiva de las Constituciones que había compuesto para sus Misioneros. Era lo único que faltaba para que nuestra Congregación pudiera perpetuarse con el carácter de Instituto religioso y para tranquilizar las conciencias de todos sus individuos, seguros por ese medio de que, guardando fielmente las Reglas, llegarían á la perfección y alcanzarían el fin nobilísimo que se propuso el Señor al inspirar al P. Claret la fundación de obra tan grandiosa. Habiendo ido á la Ciudad Eterna el Rmo. P. General José Xifré, de acuerdo con él el señor Arzobispo, elevó á la Santa Sede una instancia pidiendo la aprobación definitiva de nuestras Constituciones, aprobadas cinco años antes por un decenio. Como la Casa-matriz del Instituto estaba en la diócesis de Vich, cuyo Sr. Obispo se hallaba ya en Roma con ocasión del Concilio Vaticano, las preces fueron firmadas por el Ordinario de Vich y nuestro Superior general. De parte del Ilmo. Sr. Svegliati, Secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, no había dificultad alguna para la definitiva aprobación; pero el Subsecretario, á quien las habían dado para que las revisara, oponía muchas dificultades y daba muchas largas, y como era religioso, pretendía que algunas cosas se acomodaran á las Reglas de su Instituto. Cansado de esperar el Rmo. P. Xifré se fué un día á ver al Subsecretario, y le expuso con tanta firmeza y gravedad que en oponerse á su aprobación se oponía á la voluntad de Dios y al bien de la Iglesia, y le habló con tanta seriedad y aterradora elocuencia de la responsabilidad en que incurriría delante del Tribunal divino si continuaba oponiéndose, que al fin cedió, y después de indicar la corrección de algunas cosillas que no tocaban á la substancia, convinieron en que el Superior general presentaría un ejemplar



de las Constituciones con aquellas ligeras enmiendas, y que de esta manera serían aprobadas en seguida. Así se hizo; aquella misma noche, el Siervo de Dios y el P. Xifré se encerraron solos en un cuarto, y en vez del descanso debido á sus continuos trabajos, estuvieron toda ella hasta la mañana siguiente sacando copia de las Constituciones, ajustadas enteramente á las indicaciones del Subsecretario. El P. Claret, como tenía una letra clara y limpia y escribía muy aprisa, hizo de amanuense, no obstante su mucha debilidad, y el P. General de dictador. Considérese lo abrumado que debía salir el santo Prelado después de tantas horas de escritura seguida y sin haber pegado los ojos en toda la noche; parecía natural que al día siguiente tomara algún descanso; pero, lejos de eso, lo pasó en ultimar las diligencias necesarias para la aprobación de las Constituciones, que fueron presentadas aquel mismo día al Subsecretario. Imagínese la sorpresa de éste al presenciar actividad tan asombrosa; bastó esto sólo para acabar de conquistarle el corazón, y así la aprobación no padeció ya más entorpecimiento alguno. Pío IX, de santa memoria, dióles, en efecto, suprema y definitiva aprobación el 11 de Febrero de 1870, aunque el decreto no se extendió hasta el 2 de Mayo del mismo año. El texto de él es como sigue: "Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío IX, en audiencia habida por el infrascrito señor Secretario de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, el día 11 de Febrero de 1870, atendidas las súplicas presentadas por el Ilmo. Sr. Obispo de Vich, á la sazón residente en Roma con motivo del Concilio Ecuménico Vaticano, y las repetidas instancias del Superior general de la Congregación de Misioneros del Inmaculado Corazón de la Santísima Virgen María, aprobó y confirmó, y en virtud del presente decreto aprueba y confirma las sobredichas Constituciones, tales como están redactadas en este ejemplar, el autógrafo del cual se conserva en el archivo de la citada Congregación. Dado en Roma, en la Secretaría de la predicha Sagrada Congregación, el día 2 de Mayo de 1870.—A. Card. Quaglia, Prefecto.—Lugar † del sello.—S. Svegliati, Secretario."

6. En medio de sus continuas ocupaciones no perdía el Siervo de Dios la memoria de que se hallaba ya al fin de su vida, y así por este tiempo, acaso poco antes de empezar el Concilio Vaticano, hizo para su propio provecho unos apuntes

que tituló *Arte de bien morir*. Las reflexiones que en ellos hace sobre la muerte son muy serias y profundas, y al fin de ellas trae un catálogo de la edad en que murieron algunos Santos, y, como remate, añade estas palabras: "Yo cada día pierdo la memoria, la vista y la agilidad; me parece que viviré poco."

El presentimiento era, por desgracia, sobrado cierto, y, sin embargo, se ocupó, como vamos á ver ahora, en las tareas del Concilio Vaticano como si gozara de cabal salud. Inauguróse éste el 8 de Diciembre de 1869 con una majestad y pompa extraordinarias; acerca de él podemos dar curiosos pormenores sacados de las notas que iba haciendo el Siervo de Dios sobre el mismo. "El santo Concilio,—escribía el 16 del mismo mes,—ha empezado y sigue muy bien, gracias á Dios. Las sesiones se tienen en una de las capillas del crucero del Vaticano, dispuesta á este objeto: los escaños están en forma de anfiteatro durante la sesión; las puertas que comunican á la iglesia están cerradas; en los domingos nos reunimos en el coro del mismo Vaticano; hay Misa cantada y sermón en latín. También nos reunimos en la sala sinodal de Palacio, que está en el mismo piso en que vive el Papa, el cual también asiste á las reuniones. Además, todos los Obispos españoles nos reunimos en casa del Sr. Cardenal Arzobispo de Valladolid para tratar en particular de los asuntos de España. En el catálogo de todos los que asistimos al Concilio estamos puestos por orden de abecedario, pero en el Concilio nos sentamos por orden de antigüedad de promoción. Yo estoy en el número cuarenta; soy de los viejos (1)."

Entre los papeles del Siervo de Dios se halló una nota en la que se ve el peligro gravísimo que corrieron los Padres del Concilio y el modo providencial con que el Señor los libró de él. "Estuvo,—dice,—en gran peligro la vida de los Padres, porque los enemigos de la Iglesia tenían el inicuo plan de volar la capilla de las sesiones generales en el acto en que estuvieran en ella reunidos. Uno de los criminales se convirtió é hizo confesión general hallándose enfermo, y en ella declaró el atentado, diciendo al confesor que si curaba él mismo lo descubriría, pero que, en caso de morir, le autorizaba para que

(1) Carta del 16 de Diciembre de 1869.